

LA RIQUEZA DEL TIPO MASCULINO Y LA PATERNIDAD

Por Genara Castillo C.
Universidad de Piura

Teniendo en cuenta que tipo es un modo de ser, y que los tipos humanos básicos son el masculino y el femenino, veremos brevemente las características del varón relacionándolas con su papel de esposo y padre. Así como la mujer es más reunitiva y más relacional, el varón OBJETIVA más, con lo cual SEPARA más. ¿Qué es objetivar? No podemos hacer aquí una explicación gnoseológica de la objetivación, pero dicho rápido es como el golpe de vista sobre la realidad envolviéndola a modo de objeto.

La mentalidad masculina suele enfrentarse a la realidad objetivándola, “englobando” la realidad como si fuera cosa, captándola como un todo, como un objeto. Esta capacidad de objetivar es muy importante porque es la clave para el dominio del universo, para su dominio técnico. Al objetivar se delimita, se separan los distintos aspectos o factores de una realidad y sólo después de esa separación se les relaciona. Al objetivar no sólo se separan los objetos entre sí sino también respecto del mismo sujeto. Por eso un varón puede ser más objetivo, distanciarse más de la realidad y conservar la cabeza más “fría”.

Por eso la objetivación viene muy bien para vérselas con cosas. Además está en la entraña del mandato divino al comienzo de la creación, la de someter el universo y dominarlo. Las mujeres también objetivamos, pero no tanto como los varones, para hacerlo tenemos que descentrarnos un poco más. Lo que nos sale más fácilmente es lo reunitivo personal. La técnica y el dominio del mundo, aunque están encomendadas al género humano la pueden hacer más fácilmente los varones. Por supuesto que también un varón tiene capacidad de cuidar de las personas, pero como decíamos eso suele costarles un poco más de esfuerzo –tiene que haberlo visto o aprendido–. Lo que le sale fácil es su tendencia al dominio y por eso cosifica, objetiva.

Una de las ventajas que tiene la objetivación y en lo que puede educar el varón a la mujer es en la simplificación. A veces las mujeres se pueden complicar demasiado, con ese proceso en espiral reúnen demasiadas cosas y pueden llegar a “calentarse” excesivamente la cabeza. En ese momento les viene bien la cabeza “fría” de su cónyuge. En este sentido él ejerce una cierta pedagogía respecto de su mujer, la complementa.

Pero ella también le puede ayudar a no cosificar demasiado, como decíamos antes, puede “humanizar” al varón; por eso la presencia de la madre –sobre todo en los primeros años– es insustituible. Un varón puede humanizarse mucho en el trato con una mujer (especialmente con la Mujer por excelencia que es la Madre de Dios). Al objetivar, al captar la realidad “en bloque”, se cosifica, pero este rasgo tipológico hay que controlarlo también, para que no se exagere. A veces el varón, acostumbrado como está a vérselas con cosas puede cosificar a las personas, a la mujer y a los hijos. Por otra parte, una mujer puede sufrir mucho con esa cosificación varonil, para una mujer ser cosificada es algo muy duro; el ser considerada como un mueble, como una cosa o como in simple objeto de placer, esto las mujeres que tienen fina sensibilidad lo sienten mucho.

Una mujer esposa puede ayudar a su esposo a no cosificar a las personas, por ejemplo, puede ayudarlo a descubrir todo el mundo interior personal que posee cada uno de sus

hijos, ayudándole a adentrarse en él, puede hacerle ver lo que les ocurre a sus hijos, le puede dar información que ella ha captado a través de detalles: “fulanito te ha respondido de esta manera porque le está pasando tal asunto”. Como se ve la pedagogía conyugal es mutua y está basada en su tipología.

Por otra parte, como el varón objetiva más suele tener una actitud más competitiva que la mujer (puede gustarle más el fútbol que a ella). Pero esa actitud competitiva, cuando está bien encauzada, es muy buena, no sólo para el dominio y la conquista del mundo, sino también para la educación de los hijos; es decir que la tipología masculina está relacionada con la paternidad, como veremos.

Es conveniente que la esposa esté advertida sobre aquella actitud de competitividad natural que tiene el varón porque sin darse cuenta puede exacerbarla. Por ejemplo, cuando una señora “preocupada” de que las cosas vayan bien no se controla y empieza a reprocharle excesivamente al varón o a “darle la cantaleta” de manera que éste tema llegar a casa o demore el retorno.

Al contrario, un esposo necesita ser reconocido como el señor de la casa, ese reconocimiento corre a cargo principalmente de la mujer y no quiere decir servilismo, sino un sano orgullo femenino por las cosas que hace su esposo, aunque sean aparentemente pequeñas. Es lo que hace una madre con sus hijos pequeños, que les celebra sus pequeños avances o triunfos. Pero a veces se olvida hacerlo con el esposo, pensando que él ya es un hombre. Un esposo señor necesita ser reconocido, como Ulises para quien todas sus conquistas no eran nada sino era reconocido por Penélope, de poco le hubiera servido ser el rey de Itaca si no lo hubiera sido a su vez rey de su casa, de su mujer y de su familia. Para un varón ser reconocido es ser amado. Para una mujer también, pero el reconocimiento es de otra manera, no es por la vía de la admiración de sus conquistas.

La condición masculina que está inclinada a objetivar, dominar, competir y ganar hace conveniente que la esposa reconozca su valía; sin embargo, si continuamente le recrimina, si no le pasa por alto nada, si le critica a todas horas y por todo puede hacer que el esposo se sienta muy machacado. Una esposa nunca puede hacer que su esposo se sienta un perdedor, ya que lo propio de un varón es el tratar de ganar y su miedo más profundo es precisamente la de ser un perdedor, un inútil o un fracasado.

De ahí que una mujer optimista sea de gran ayuda para un esposo, es lo que necesita, que le dé alas, no que lo hunda. Pero la actitud optimista de la mujer no es ni una bobería idealista ni una táctica, sino que tiene que ser realista y sincera. El optimismo tiene una clave: buscar agudamente lo bueno, tratar de descubrir algo bueno en las diversas situaciones o personas, por tanto es realista porque no se trata de “inventárselo”, sino de descubrirlo, aquello bueno “ya está ahí”, sólo que hay que tener ojos para verlo. Los defectos del otro son evidentes, pero lo mejor no es el enfrentamiento sino ver la manera oportuna y delicada de ayudarlo. En realidad, todo el juego de una señora es la de saber ser compañera y viceversa.

Además, si el padre es apoyado por su esposa puede ejercer bien la paternidad. Ésta es un gran bien para los hijos, los cuales necesitan de la ternura de la madre, de su consuelo (una madre tiene regazo, puede consolar y hasta besar las heridas del hijo); pero también necesita de la energía, de la firmeza de un padre, que consuela pero de otra

manera, dando seguridad pero impulsando el hijo adelante.

La actitud de competitividad varonil, la capacidad de medirse con los retos, de afrontarlos, la enseñan bien los papás. Cuando el hijo se cae la madre suele correr a protegerle y está bien, el padre también lo hace, pero poniéndole la nota de fortaleza, le quita importancia. El juego paterno es muy necesario para los hijos, sino los hijos salen un poco “amadrados”. El padre está en óptimas condiciones de enseñarle a ganar y a perder, lo prepara para la vida. Normalmente, cuando el hijo es pequeño no le gusta perder, suele llorar cuando pierde, y mucha de la pedagogía del padre está en enseñarle a perder sin que su estabilidad afectiva se rompa. Esto es muy necesario para la vida en la que no siempre le tocará ganar.

Por eso, qué bueno es que el padre comparta tiempo con los hijos, ellos necesitan aprender de sus actitudes, de su sentido de las reglas, de los límites; necesitan de su presencia física, de la firmeza de su voz, de su capacidad de objetivación, de su reciedumbre y fortaleza varonil. A veces los padres empeñados en su actitud de conquista y dominio del mundo, y hasta con la buena intención de ganar para que a su familia no le falte nada pueden confundirse con su afán de tener éxito profesional y caer en una “profesionalitis” vendiéndole el alma al trabajo, dejando todo el peso del hogar y de la educación de los hijos en su mujer: pero así salen hijos mal educados, porque no ven a sus padres, ni juegan o hablan con ellos, privándoles de su riqueza tipológica.